

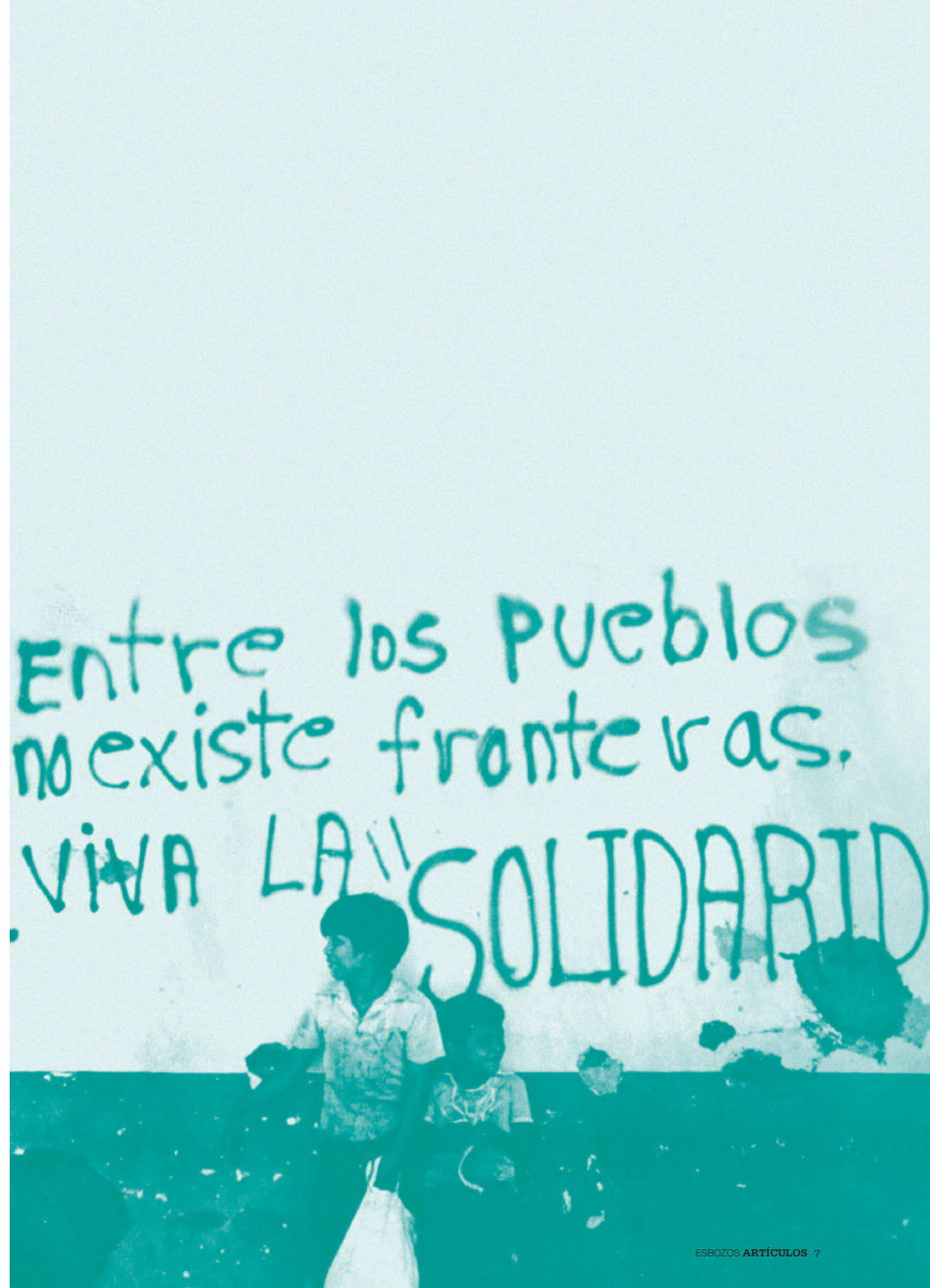
En la Nicaragua de los 80: de cooperantes indocumentados a internacionalistas



Luis Suarez-Carreño

Arquitecto, fue Jefe de Misión de la cooperación española en Nicaragua en los años 80. Actualmente es asesor del Programa de Preservación del Patrimonio Cultural, de la Agencia Española de Cooperación Internacional al Desarrollo.

PARA LA MAYORÍA DE LA GENTE DE MI GENERACIÓN (LOS QUE AHORA SOBRELLEVAMOS LOS 50 Y TANTOS AÑOS, O INCLUSO YA NOS ASOMAMOS CON VÉRTIGO A LOS 60) VINCULADA A LA COOPERACIÓN INTERNACIONAL, LA NICARAGUA SANDINISTA DE LOS AÑOS 80 CONSTITUYÓ LA GRAN ESCUELA DE INICIACIÓN PRÁCTICA. NO FUE UNA ESCUELA SOLO EN COOPERACIÓN, SINO EN MUCHAS OTRAS MATERIAS, ALGUNAS POLÍTICAS E IDEOLÓGICAS, OTRAS QUE TIENEN QUE VER SIMPLEMENTE CON NUESTRA FORMACIÓN COMO PERSONAS. EN ESA ACADEMIA Y LABORATORIO SOCIAL CADA UNO DE NOSOTROS, SUPONGO, PUSO SU PARTICULAR INTERÉS EN AQUELLAS MATERIAS QUE MÁS LE INTERESABAN, PUES LAS HABÍA PARA TODOS LOS GUSTOS E INCLINACIONES, PERO EN LO QUE SÍ CREO QUE COINCIDIRÍAMOS TODOS ES QUE AQUEL APRENDIZAJE MARCÓ PARA SIEMPRE NUESTRAS VIDAS. ESTA HISTORIA COMIENZA EN EL VERANO DE 1984.





En la Nicaragua de los 80:
de cooperantes
indocumentados
a internacionalistas

Ni que decir tiene que carecíamos de la menor formación sobre cooperación, aunque también es verdad que no nos movía tanto un espíritu «cooperante» como de solidaridad política y tercermundista, en muchos casos anti-imperialista, y, no hay duda de que Nicaragua era en aquel momento, bajo esa perspectiva, el campo de batalla central en el planeta, allí donde un movimiento revolucionario, popular, empíricamente transformador, había derrocado a un régimen dictatorial y corrupto, apuntalado por los Estados Unidos, y se afanaba por construir una nueva sociedad igualitaria y próspera con una propuesta política poco dogmática, apoyada en una entusiasta red de organizaciones de base encabezada por un liderazgo próximo a la gente y legitimado en un prolongado y heroico combate. La oportunidad que nos brindó Nicaragua de participar en ese proyecto regenerador, donde prácticamente había que reconstruir el país partiendo de cero aportando lo mejor de nuestros conocimientos y esfuerzos, por encima de nacionalidad, raza y cultura, es una ocasión que solo se presenta, con suerte, una vez en la vida.

Quede claro que estas líneas no aspiran a ofrecer una reflexión rigurosa sobre la cooperación internacional en la Nicaragua sandinista, ni mucho menos una valoración de la revolución y su posterior degeneración, sino únicamente transmitir la visión subjetiva de lo que fue la primera hornada de profesionales españoles en misión de cooperación internacional, tras la incorporación de España al club de países donantes, o, lo que es lo mismo, la primera oleada de cooperación internacional para el desarrollo de nuestra historia.

Conviene también entender que en la España de mediados de los 80 ni se sabía gran cosa de cooperación al desarrollo, ni, entre la gente progresista, se tenía especial aprecio a la labor de la cooperación con el tercer mundo, que de alguna manera se asociaba con actitudes neo-coloniales y paternalistas.

No se hablaba, en general, de lucha contra la pobreza en el tercer mundo, al margen del contexto político, sino de apoyo a los procesos de emancipación,

En la España de mediados de los 80 ni se sabía gran cosa de cooperación al desarrollo, ni, entre la gente progresista, se tenía especial aprecio a la labor de la cooperación con el tercer mundo.

política y económica, que tenían lugar en el tercer mundo. He agrupado el conjunto de recuerdos caóticos, pero singularmente vivos, que conservo de aquellos años (que en mi caso fueron 3 en Nicaragua, más otros 2 en países centroamericanos vecinos) según algunas de las facetas de esa experiencia, algunas relativas a la vida en Nicaragua, otras al aprendizaje de la cooperación, siempre con el telón de fondo de la lucha del país por su supervivencia.

Un país «violentamente dulce»

Intentar transmitir la atmósfera y emoción que se respiraba entonces en Nicaragua, y su capacidad de seducción, no resulta fácil, aunque hay indicadores que pueden ayudar. Uno de ellos sería el hecho de que aunque generalmente íbamos con la idea de pasar allí solo una temporada limitada, como un paréntesis en nuestra vida, al cabo de poco tiempo estábamos tan inmersos en nuestra nueva vida que la vuelta quedaba aplazada una y otra vez, incluso a costa de renunciar a compromisos personales o profesionales en origen.

Aquello era una nueva Cuba, pero en lugar de un régimen ya consolidado y con fuertes rasgos totalitarios, como el castrista, en Nicaragua se presentaba una revolución abierta, aún sin una costra burocrática solidificada, y directamente amenazada, además, por el imperio y sus fuerzas sicarias interpuestas (la llamada «contra», es decir, los contrarrevolucionarios, en general mercenarios somocistas financiados ilegalmente por el gobierno norteamericano, presidido por un Reagan de elemental ideario neoimperial). De hecho los EEUU no solamente habían ayudado a que se formaran los grupos armados de la Contra, vinculados a partidos somocistas como el FDN, sino que llevaba a cabo desde principios de los 80 acciones directamente terroristas de sabotaje, a través de la CIA y otros brazos armados clandestinos.

Se trataba, como diría Cortázar, «de una revolución niña que está muy amenzada», y además era la punta de lanza de los procesos liberadores que se daban en buena parte de Centroamérica desde hacía años, donde movimientos populares se enfrentaban a sanguinarias y pertinaces dictaduras «bananeras», espe-



En la Nicaragua de los 80:
de cooperantes
indocumentados
a internacionalistas

cialmente en El Salvador y Guatemala, procesos de resistencia paralelos a los que tenían lugar, con sus obvias diferencias, desde los años 60, en el Cono Sur americano, hacia todos los cuales existía una gran simpatía, no siempre suficientemente documentada, desde la izquierda española.

Una poética amalgama ideológica

La revolución sandinista tenía algunos rasgos distintivos muy marcados, como el recurso a una cierta ternura poética en el discurso dominante, y el carácter criollo y popular de sus fuentes. Su ideología liberadora autóctona se construía reivindicando tanto la resistencia anticolonial liderada por el general de hombres libres (César A. Sandino), como la mística de la inmólación contra el tirano (Rigoberto López), o el marxismo caribeño originario de Cuba.

A una tradición de guerrilla rural de más de medio siglo, entrelazada con las luchas políticas entre los partidos oligárquicos nacionales (conservador y liberal), se habían ido superponiendo estratos de la teología de liberación y de la guerrillas urbanas latinoamericanas, todo ello modelado por la imagen carismática y cercana del castrismo y el guevarismo.

La trayectoria del héroe e icono nacional Sandino, joven desclasado y rebelde, hijo natural de la humilde campesina y el terrateniente, después obrero industrial anarco-sindicalista, y, finalmente, jefe guerrillero campesino y estratega revolucionario, resumía las raíces ideológicas y sociales de esta revolución.

A su vez, Carlos Fonseca, el moderno Sandino, fundador del Frente Sandinista y asesinado por la Guardia somocista en 1976, había encarnado en los años 60 y 70 al hombre nuevo a la nicaragüense, síntesis de esas dualidades, campesina y urbana, cristiana y marxista, alzado frente al terrateniente, al tirano y al gringo, que, desde las sucesivas invasiones de Nicaragua por las tropas norteamericanas del primer tercio del siglo XX, eran vistos como las diferentes caras de un mismo monstruo. El Frente Sandinista, instrumento fundamental para el derrocamiento de la dictadura y el posterior gobierno revolucionario, refle-

jaba fielmente esa síntesis de corrientes e ideologías, inteligentemente unificadas, tras años de disidencias, en pos de unos fines comunes.

La poesía, por otra parte, era el lenguaje predilecto de la revolución, recogiendo la rica tradición poética nicaragüense, ahora encarnada por la nómina de poetas afectos al proceso revolucionario, en primer lugar Cardenal, pero también Coronel Urtecho, Martínez Rivas y muchos otros... Se cultivaba y fomentaba esa vena poética honrando de igual forma al héroe liberador Sandino y al poeta universal Rubén Darío. Si los poetas vanguardistas, que recogían la herencia de Darío, representaban la versión seria, intelectual, de la poética revolucionaria, Carlos Mejía Godoy era su versión más popular y folclórica. Del peso de los intelectuales en la conducción sandinista en esos años da idea el hecho de que el vicepresidente del gobierno fuera un escritor, Sergio Ramírez.

Los escritos sobre Nicaragua de algunos observadores externos como por ejemplo Cortázar, ya citado, Salman Rushdie o Eduardo Galeano, seducidos en aquellos años por la revolución nica, reflejaron ese eco poético y popular del discurso político oficial, y la riqueza cultural, en comparación con la pobreza material, de este país y de esta revolución. Algunas otras manifestaciones artísticas destacadas, como la pintura primitivista, con dos focos principales, el de Solentiname y el de Masaya, eran expresión también de esa misma riqueza cultural.

Un poco de contexto histórico: La revolución nicaragüense, un soplo de esperanza liberadora

La conciencia internacionalista de la izquierda española, al igual que la en el resto del planeta, se había forjado desde mediados de los 60 alrededor de la solidaridad con Vietnam frente a la escalada de la guerra neocolonial desatada por los EEUU, cuestión central en las luchas de mayo 68 que con ello adquirían un contenido anti-imperialista compartido por encima de fronteras y continentes, y un carácter, por lo tanto, auténticamente internacionalista.

A diferencia de la victoria vietnamita en el 73, en Latinoamérica, salvo la excepción representada por la victoria de la revolución castrista a finales de los



En la Nicaragua de los 80:
de cooperantes
indocumentados
a internacionalistas

50, la historia de las luchas anti-imperialistas y anti-oligárquicas había sido prácticamente una cadena de golpes militares, movimientos populistas corruptos y represión feroz de los focos de resistencia.

Y, entonces, llegó la emergente revolución sandinista, un milagro cuyo avance pudimos seguir cautivados casi día a día, a través de las partes de los diferentes frentes sandinistas, desde mediados de los 70, en paralelo con la descomposición de un régimen somocista que encarnaba de forma grotesca todas las vilezas de las dictaduras bananeras: servilismo hacia el imperialismo norteamericano, nepotismo, pillaje y corrupción institucionalizados, perpetuación de relaciones feudales de poder económico y social, sobre todo en el campo, e impunidad criminal de los aparatos represivos del Estado. Puede imaginarse lo que en ese contexto supuso para la gente de izquierdas de cualquier rincón el triunfo de la revolución sandinista en julio del año 1979. Un triunfo que, de forma similar a lo sucedido con la entrada en La Habana de los barbudos revolucionarios el 1º de enero del 59, se expresó gráficamente con las imágenes de la entrada de las columnas de combatientes en Managua entre el entusiasmo popular.

Si en el caso cubano las imágenes fueron en un épico blanco y negro, el propio de aquellos años de guerra fría, la entrada de los sandinistas en Managua quedó registrada en cambio en una rica paleta de colores: verde-olivo y roji-negro de los combatientes, intensos verdes de la exuberante vegetación, azul de lagos y volcanes, y toda de la gama de las pieles mestizas.

Los antecedentes de cooperación española en Nicaragua: La cruzada de alfabetización

La ayuda oficial española a la Nicaragua sandinista había tenido un prolegómeno humanitario con motivo de la Cruzada Nacional de Alfabetización (CNA), que lanza el gobierno sandinista en el año 1980, y a la que el gobierno Suárez apoya mediante el envío de jóvenes docentes españoles. El hecho, un tanto in-

*En medio de la que podemos imaginar aventura humana
fascinante de recorrer en misión liberadora
las remotas comunidades
campesinas, muchos de los cruzadistas extranjeros
permanecieron en el país al final de la cruzada.*

sólito, de un gobierno de derechas solidario con un proceso revolucionario, muestra la ambigüedad que inicialmente presentaba, y en cierto modo mantuvo siempre, el perfil ideológico y la percepción desde Occidente de aquella revolución, entre otras cosas por su importante componente cristiana (la propia palabra cruzada es bastante reveladora, y coherente con el carácter religioso de quien la encabezaba, el jesuita Fernando Cardenal, que después sería Ministro de Educación).

La CNA, según las cifras oficiales consiguió alfabetizar a más de 400.000 nicaragüenses, reduciendo la tasa de analfabetismo global desde algo más del 50% hasta apenas un 13%. En medio de la que podemos imaginar aventura humana fascinante de recorrer en misión liberadora las remotas comunidades campesinas, muchos de los cruzadistas extranjeros permanecieron en el país al final de la cruzada, y algunos de ellos de hecho se instalaron definitivamente en él. Uno de ellos fue Ambrosio Mogorrón, al que luego me referiré.

El Plan de Cooperación Integral con Centroamérica: Un despliegue voluntarista

En el año 84, el nuevo y prometedor gobierno de Felipe González decide iniciar, a través del ICI, una política de cooperación internacional al desarrollo, y, se supone por razones tanto de proximidad cultural, como de urgencias sociales y de violencia, decide concentrar los primeros esfuerzos en Centroamérica, y, dentro de esa subregión, en los 3 países que en ese momento ofrecían unas condiciones mínimas de seguridad e institucionalidad, es decir, Honduras, Nicaragua y Costa Rica.

Hay que recordar que por entonces Guatemala era pasto de un régimen castrense feroz, que en el caso de España, en concreto, había llevado a la ruptura de relaciones diplomáticas tras el salvaje asalto y matanza de indígenas en la sede de la Embajada de España, en enero de 1980. Y en El Salvador, el gobierno también militarista y derechista se enfrentaba a una cuasi guerra civil contra la fuerte resistencia popular encabezada por el FMLN, situación recrudescida



En la Nicaragua de los 80:
de cooperantes
indocumentados
a internacionalistas

tras el asesinato de Monseñor Romero en marzo del mismo 1980, un crimen de estado tan descarado como el de la embajada española en Guatemala.

Otra cuestión distinta era la preparación de nuestra misión de cooperación, preparación tan liviana, y en general desajustada con respecto a la realidad que nos encontraríamos, como débil era la propia estrategia de desarrollo a que respondía el Plan de Cooperación Integral con Centroamérica (PCI), consistente básicamente en un catálogo de sectores, desde la mejora de la producción agrícola al fortalecimiento de los municipios, que en cualquier caso iban a ser objeto únicamente de un elemental apoyo a través de los técnicos españoles que el programa iba a enviar, sin ninguna otra forma de soporte (ni inversión, ni subvención, ni equipamiento).

Los primeros cooperantes éramos aleccionados someramente con cuatro indicaciones sobre la institución a la que íbamos asignados y a lo que supuestamente ésta esperaba de nosotros.

La realidad, como enseguida averiguábamos, era que nuestras primeras semanas, cuando no meses, debíamos dedicarlos a intentar organizarnos, prácticamente desde cero, un plan de trabajo mínimamente coherente, o, en palabras más actuales, a identificar y formular sobre la marcha lo que iba a ser nuestro proyecto de cooperación. Objetivo que obviamente no siempre era posible, por lo que no era descartable que el técnico pasara casi todo su tiempo intentando, sin éxito, encontrar un sentido a su estancia en el país. Ayudaba sin embargo el hecho de que hubiese tanto por hacer que se empezase por donde se empezase era prácticamente imposible que no hubiera campo para mejora. El envío de aquellos cooperantes pioneros resultaba en España un fenómeno novedoso al que se adornaba de un halo algo romántico y aventurero, de lo que da idea el que la primera hornada a enviar (de la que yo formaba parte), en agosto de 1984, fue objeto de algún reportaje un tanto sensacionalista en la prensa de más difusión.

Los primeros cooperantes recibimos mucho más de lo que aportamos a cambio, tanto en conocimientos como en sentimientos, y en más dimensiones de las que podíamos haber imaginado.

La presentación de los primeros cooperantes, desarmados de objetivos e instrumentos frente a un destino ignoto, fue poco a poco corregida empíricamente en las siguientes remesas, flexibilizando la restricción a la adquisición de material de apoyo, por una parte, y por otra intentando preparar mejor en origen al futuro cooperante sobre su tarea y condiciones en destino, gracias, lógicamente, a la información y previsiones que hacían los que ya estaban sobre el terreno.

Poco que enseñar y mucho que aprender

Los primeros cooperantes recibimos mucho más de lo que aportamos a cambio, tanto en conocimientos como en sentimientos, y en más dimensiones de las que podíamos haber imaginado: Enseñándonos la realidad del tercer mundo, a través de uno de los países más pobres de América; conociendo otras gentes con diferentes prioridades, visiones y sensibilidades; y, además, introduciéndonos a la complejidad de la cooperación al desarrollo en directo sobre el terreno. Eso, por citar algunas dimensiones en el plano de la ideología y la conciencia, pero se podrían añadir otras de carácter más sensorial, pero no menos significativas, como el clima, el paisaje, la comida. O, en muchos casos, también en el plano de las relaciones afectivas.

En el caso de Managua hay que destacar, además, la peculiar vivencia de la ciudad sin forma, una ciudad esquiva y errante. Por efecto del terremoto del 72, Managua había perdido su centro tradicional, convertido en un enorme solar asilvestrado, y había iniciado un rápido crecimiento periférico sin densidad ni ligazón, conformando una suerte de caricatura cruel, o paradigma extremo, del modelo de ciudad difusa y suburbana, inhóspita, disfuncional y segregada, importado del mundo anglosajón, que, si posteriormente ha invadido también una parte de nuestro propio paisaje mediterráneo, en aquellos años aún nos resultaba un tanto insólito y ajeno.

A pesar de ello, tal vez por el calor de su gente y por la cercanía que provoca la pobreza, ese paisaje periurbano y derruido, donde la vegetación devoraba los



En la Nicaragua de los 80:
de cooperantes
indocumentados
a internacionalistas

restos abandonados de casas y coches, acababa también haciéndose entrañable. Citando, una vez más, a Cortázar:
*La viste desde el aire, ésta es Managua
de pie entre ruinas, bella en sus baldíos,
pobre como las armas combatientes,
rica como la sangre de sus hijos.*

Hacia una nueva sociedad, sin hoja de ruta y desde un aparente Babel

La propia experiencia de la cooperación brindaba otro aprendizaje, el del interculturalismo, a través de la convivencia con tanto cooperante, voluntario o asesor variopinto, procedentes de tan diversos orígenes geográficos y culturales, con tan variado grado de compromiso político y motivación personal.

En cualquier organismo de gobierno o gestión pública se podía uno encontrar trabajando junto a exiliados latinoamericanos escapados de alguno de los entonces regímenes represivos centroamericanos, andinos o del cono sur, que los había por todas partes; miembros de ONGs europeas, tanto de de raíz cristiana, como sindical o simplemente humanitaria sin filiaciones ideológicas (aunque estas eran más raras); los abundantes asesores de países del Este (rusos, búlgaros, checos, etc.); y, obviamente, también los cooperantes gubernamentales y los de las agencias multilaterales.

Aunque las actitudes y aptitudes de cada uno fueran diferentes, y a pesar de la super-inflación de asesores extranjeros resultante, en la mayor parte de instituciones o empresas se trabajaba con armonía, estimulados con la idea de estar contribuyendo a la construcción de una nueva sociedad, cuya configuración se iba decidiendo sobre la marcha, sin diseño ni receta previos, y con el aliciente adicional del entorno de colaboración intercultural.

Escarmentados muchos de los que allí nos encontrábamos de los diversos dogmatismos y corrupciones ideológicas vividas por la izquierda, así como del fra-

caso cada vez más patente de los regímenes denominados «socialistas», la ideología abierta y flexible del sandinismo, su empirismo social y económico, nos parecían un bálsamo, y el marco adecuado para poder trazar una vía propia hacia una sociedad justa, igualitaria y próspera, vía que podría en su momento señalar un camino viable a otros países igualmente atrasados.

Un modelo que necesariamente sería distinto de otros antes intentados, incluyendo el cubano, pues a pesar de las fuertes vinculaciones con el régimen de Castro, la dirección sandinista se cuidaba mucho de adoptar tal cual algunos principios como el monopartidismo, o la eliminación radical de la propiedad privada de los medios de producción y del campo. La posibilidad de ayudar en esa epopeya emancipadora de la tiranía y de la pobreza, resultaba muy seductora para los que veníamos de experiencias recientes de lucha de liberación con final abortado, tal como, expresado en pocas palabras, había sido la transición política española para muchos de nosotros, o la experiencia de los años de plomo post-68 para la izquierda europea, y no digamos para los militantes latinoamericanos que padecían regímenes represivos y corruptos.

Más allá de la solidaridad: el encuentro con la cooperación en serio

Uno de los numerosos descubrimientos que uno hacía sobre el terreno era que existían otros cooperantes, gubernamentales y no gubernamentales, que sí respondían a programas coherentes, planificados, previamente negociados y acordados con las autoridades nicaragüenses. Probablemente esta revelación resultaba más patente en Honduras y Costa Rica, pues en Nicaragua la común solidaridad parecía desdibujar las diferentes calidades de unas y otras cooperaciones. El fluido de la simpatía pro-revolucionaria en el que casi todos nos movíamos, desdibujaba las diferencias en coherencia técnica que tenía el trabajo de cada uno.

Descubrimos así la existencia de las Organizaciones No Gubernamentales, prácticamente desconocidas en España en esa época, sorprendentemente



En la Nicaragua de los 80:
de cooperantes
indocumentados
a internacionalistas

potentes y rigurosas en la planificación y ejecución de sus programas de cooperación, en contraste con nuestra improvisación «gubernamental».

En el caso español, las organizaciones de solidaridad llenaban en cierto modo el hueco de las ONGs, entre ellas los comités anti-OTAN, que habían adquirido implantación y fuerza durante las largas movilizaciones, primero contra la incorporación a la OTAN, que inicia el gobierno de UCD en 1981 (el proceso de adhesión culmina en mayo de 1982), con la oposición del PSOE («OTAN, de entrada no»); y, posteriormente, por el rechazo a la permanencia que el gobierno del PSOE, con un juego «surrealista» de prestidigitación («OTAN, de salida tampoco»), propuso en el referéndum celebrado en marzo de 1986.

De hecho, las primeras ONGs de desarrollo españolas se crean en la Nicaragua de esos años, a imagen y semejanza de los modelos, sobre todo ONGs europeas, que allí mismo se podían ver en plena acción.

Cooperantes bajo sospecha

La convivencia entre la diversa población internacionalista no siempre era perfectamente armónica, lo que, teniendo en cuenta la fuerte politización de buena parte de las organizaciones de solidaridad, así como la variada procedencia y condición de los expatriados, no resultaba nada sorprendente. Valga de ejemplo nuestro caso.

Cuando aparecimos por Nicaragua como flamantes cooperantes gubernamentales fuimos recibidos con profundo recelo por el comité que agrupaba a los residentes españoles, cuyos miembros no veían con buenos ojos nuestra integración en aquel. La mayor parte de los expatriados españoles, al igual que los de otros países occidentales, hacíamos gala de una ostensible distancia, cuando no rechazo, de las políticas de los gobiernos de nuestros países de origen, que, si no eran abiertamente anti-sandinistas, eran a nuestro juicio demasiado complacientes o pasivos ante los planes de hostigamiento y sabotaje

de la revolución. En algunos casos había expatriados cuya situación legal en su país de origen era, digamos, incierta, lo que lógicamente incrementaba la prudencia en la relación con los recién llegados.

La desconfianza de los residentes hacia el nuevo colectivo de cooperantes gubernamentales, no obstante, se disipó muy pronto, y muchos de nosotros nos incorporamos activamente al comité de residentes.

Aunque no eran ellos los únicos que desconfiaban de nosotros, también desde nuestros jefes en el ICI se albergaban recelos respecto a la que sospechaban una identificación excesiva con el proceso político nicaragüense por nuestra parte, entendiendo que ello podía mermar nuestra objetividad como técnicos, e, incluso, la lealtad debida hacia nuestro empleador y, en última instancia, hacia el gobierno español. Ni que decir tiene que este tipo de recelos no se daban en forma alguna en relación a los cooperantes asignados a los otros países centroamericanos, que no solo no sufrían ninguna forma de síndrome de Estocolmo, sino que sentían generalmente escasísima simpatía por los sistemas políticos y las administraciones correspondientes.

La combinación de desconfianza en Madrid hacia nuestra actitud política, con nuestra insatisfacción por las limitadas condiciones de trabajo, y algunas promesas incumplidas a algunos cooperantes, sin ignorar el efecto del ambiente combativo del país en nuestro propio colectivo, desembocaron en un momento dado en un conflicto abierto con la dirección del ICI, que se concretó en nuestra negativa, unánime, a firmar los contratos enviados por ésta, originando una situación delicada que hubiera podido dañar la imagen exterior de España, que por entonces intentaba ser admitida en el distinguido club de países donantes de cooperación.

La presencia en Nicaragua en esos momentos de un embajador español particularmente inteligente y hábil, permitió que, en lugar de la salida acariciada inicialmente por algún responsable en Madrid, que en síntesis hubiera consistido en la aplicación pura y dura del principio de autoridad, se abriese un proceso de negociación un tanto insólito, sobre todo por lo que tuvo de ejercicio,



En la Nicaragua de los 80:
de cooperantes
indocumentados
a internacionalistas

no totalmente voluntario, de humildad por parte del responsable del ICI en Madrid, pero que a la postre desactivó el conflicto.

De cooperantes, brigadistas, internacionalistas, y algún héroe

Entre ese caudaloso flujo de visitantes los había de todo tipo, incluyendo algunos que venían huyendo de conflictos personales y afrontaban su estancia en Nicaragua como una forma de peculiar terapia, terapia que, naturalmente, no siempre era eficaz.

La forma característica de llegada era por medio de brigadas de trabajo canalizadas a través de las organizaciones de solidaridad, y formadas por voluntarios que se ofrecían para lo que hiciera falta, como medio de arrimar el hombro y oportunidad, a la vez, para vivir en directo la revolución. Los organizadores procuraban dar una cierta continuidad en el tiempo a sus proyectos de ayuda, más allá de la duración de cada brigada, que al aprovechar normalmente el periodo de vacaciones de sus integrantes tendía a concentrarse en los meses de verano. Este mecanismo, si resultaba adecuado para labores como la recogida del «rojito», salvo por las fechas en que necesariamente se concentraba (la campaña de corte del café, de valor estratégico para el país, se desplegaba en diciembre y enero), donde lo único que se requería del voluntario era una capacidad elemental para soportar el esfuerzo físico y las incomodidades, en cambio planteaba dificultades obvias para el normal desarrollo de proyectos de construcción de infraestructuras de cualquier tipo, que eran el objeto de muchos proyectos, donde lógicamente sí se requerían algunas nociones o habilidades, y unos mínimos de organización y disciplina.

Puede imaginarse fácilmente la escasa productividad de gente ajena a los oficios constructivos, e incluso a las labores manuales en general, así como los pleitos que la diferente disposición de sus miembros originaba en el interior de las brigadas, aderezados en muchas ocasiones por la tendencia al asam-

Menciono en particular el caso de Ambrosio Mogorrón, no tanto por tratarse de un español, sino por el perfil ejemplar de su vida y muerte en la Nicaragua de los 80.

bleismo y a convertir los problemas prácticos en ocasión para el debate ideológico, reproduciendo hábitos de previas militancias.

Más allá del anecdótico menudo y de los aspectos folclóricos que sazaban la vida y obra de los internacionalistas, y de la desigual utilidad real de su empeño solidario, el hecho es que muchos de ellos entregaron años de esfuerzo y trabajo a cambio de nada, en ocasiones con riesgos reales, asumidos conscientemente, para sus vidas.

Porque los internacionalistas también morían, o, con más precisión, eran asesinados, en la Nicaragua de los 80. Aunque hubo casos de cooperantes de otras procedencias, sobre todo cubanos, muchos, menciono en particular el caso de Ambrosio Mogorrón, no tanto por tratarse de un español, sino por el perfil ejemplar de su vida y muerte en la Nicaragua de los 80. Ambrosio encarnó a la perfección los principios de compromiso, adaptación al medio de las habilidades técnicas, e integración con la población, del internacionalista.

En breve, tras participar en la cruzada de alfabetización, Ambrosio decidió quedarse trabajando como médico en una zona rural remota (el Bocay), aprovechando su formación de enfermero, y sobre todo una voluntad inagotable, que le llevó a hacerse imprescindible, y, sin limitarse a su actividad asistencial diaria, a desarrollar investigaciones innovadoras sobre enfermedades endémicas como la leishmaniasis, o lepra de montaña, por todo lo cual fue merecedor de la más alta condecoración sandinista (Orden «Comandante José Benito Escobar», de la que fue el único cooperante extranjero en recibir), y, más importante, del reconocimiento y afecto de la población de la comarca, y de un aura de leyenda viva en el país.

Hasta que cayó víctima del terror contrarrevolucionario.

A eso de la tres y media de la tarde (el 24 de mayo de 1986), una camioneta civil, con 13 personas, se dirigía desde San José de Bocay a El Cuá a recoger las vacunas. En la localidad de Los Cedros, a unos 6 kms. de Bocay, se escuchó una tremenda explosión. La rueda posterior del vehículo había hecho contacto con una poderosa mina anti-tanque, de fabricación norteamericana.



En la Nicaragua de los 80:
de cooperantes
indocumentados
a internacionalistas

De las 10 personas que iban en la parte trasera del vehículo, 9 murieron inmediatamente, despedazados por el impacto. El otro quedó herido de gravedad. Los tres que iban delante sufrieron heridas más leves. Entre los muertos estaba el enfermero vasco español Ambrosio Mogorrón Martínez, de 33 años, que trabajaba desde 1980 en Nicaragua.

Ambrosio se unió así la lista de voluntarios europeos víctimas directas de las acciones terroristas de los contrarrevolucionarios. En 1983 dos médicos cayeron a manos de las bandas de la FDN. El francés Pierre Grosjean murió durante el ataque al caserío de Rancho Grande, Matagalpa.

Y unos meses después, el alemán Albert «Toño» Pflaum, fue asesinado fríamente en una emboscada en la zona de Pantasma (Jinotega). En febrero de 1986 murió, en circunstancias parecidas a las de Ambrosio, el agrónomo suizo Maurice Demierre.

El respaldo vital de Cuba

En el contexto de pobreza y guerra de baja intensidad cualquier esfuerzo y apoyo de cooperación internacional era bienvenido, aunque también cupiera la duda sino se estaban aplicando aspirinas para combatir un cáncer. Entre las infinitas variantes de la cooperación destacaban algunos donantes especialmente comprometidos: la URSS y otros países del Este, algunos países nórdicos, y, sobre todo, Cuba. Comparado con el apoyo a todos los niveles que Cuba prestaba a la nueva Nicaragua, nuestra cooperación y casi todas las demás, realmente resultaban anecdóticas en términos prácticos, aunque tuvieran su interés desde el punto de vista político-diplomático para el gobierno sandinista. La presencia más visible de Cuba en Nicaragua abarcaba desde macro-proyectos productivos, en muchos casos cuestionados por su excesiva escala y dudosa sostenibilidad, hasta el despliegue de maestros y médicos que alcanzaban al último rincón del territorio, exponiéndoles a los riesgos nada inciertos de las agresiones sanguinarias de las tropas irregulares de la Contra, para las

cuales estos internacionalistas encarnaban perfectamente al enemigo a batir. Obviamente había otra presencia tanto o más importante, menos visible, que afectaba a las altas esferas de gobierno, y, como no podía ser de otro modo en aquella situación, en el terreno militar y diplomático.

Hay que recordar que Cuba a su vez contaba todavía con la ayuda sustanciosa de la URSS y el bloque del Este, que aún no habían iniciado su descomposición, lo que le permitía ejercer una proyección internacional muy por encima de su dimensión como país. En estos mismos años mantenía presencia militar y técnica, en algunos casos de gran envergadura, en puntos tan remotos como Angola o Mozambique, y en otros próximos como la isla de Granada, consolidando su liderazgo como potencia tercermundista y anti-imperialista apuntalando los procesos de emancipación y reconstrucción nacional.

Resulta curioso, y revelador del realismo de ambas partes, que ni Cuba presionase significativamente, al menos en apariencia, para que Nicaragua avanzara hacia un modelo más estatalista y monopartidista, y a un alineamiento más decidido con la URSS y los países del este, de forma similar a la propia Cuba, y que Nicaragua tampoco renunciase a su modelo de vía propia para el desarrollo, ni capitalista ni comunista, y no alineada. Baste recordar, en este sentido, que el FSLN, partido líder absolutamente hegemónico y columna vertebral organizativa de la revolución, ha sido siempre miembro de la Internacional Socialista.

Nuestra vida diaria, entre el primer mundo y el tercer mundo

Nicaragua estaba sometida en los años 80 al bloqueo comercial de los EEUU, y en general a una escasez crónica de bienes de consumo más allá de los alimentos básicos. Salvo para ciertos vehículos asiáticos, bienes de equipo e insumos que se consideraban imprescindibles, para los que había incluso agentes importadores privados, en general era difícil encontrar casi de todo. Excepto, claro, para los afortunados poseedores de divisas (en la práctica, dólares), que, además de capacidad para viajar y comprar en los países vecinos,



En la Nicaragua de los 80:
de cooperantes
indocumentados
a internacionalistas

o directamente en los EEUU y Europa, tenían a su disposición la llamada «diplotienda», una tienda de productos de importación, en general norteamericanos, creada por el gobierno para que los diplomáticos y cooperantes se dejaran sus dólares, imitando el modelo cubano de tiendas en dólares solo para extranjeros. Ese era únicamente un detalle más entre los muchos que permitían llevar un tren de vida muy por encima del de nuestros homólogos nicaragüenses a aquellos que disponíamos de un sueldo en moneda fuerte.

Aunque nuestro sueldo no fuera elevado, se convertía en una cantidad exorbitante al aplicarle el cambio real (varias veces superior al oficial) en córdobas, la moneda nica.

El bajo valor real del córdoba establecía un enorme desfase entre el mercado interno y el de importación, haciendo inasequibles al común de los nicaragüenses los productos importados, salvo aquellos subvencionados, procedentes generalmente de Cuba y de los países del este. Obviamente, la mayoría de la población no podía permitirse vivir en una casa moderna y amplia cuyos propietarios, de clase media o alta, hubieran o no abandonado el país, alquilaban para captar dólares, ni frecuentar restaurantes de primera, o comprarse un carro, aunque fuera usado, ni pasar fines de semana en hoteles de playa, ni viajar de tanto en tanto a los países del entorno, como sí podíamos nosotros.

Nuestra situación privilegiada nos situaba objetivamente en el selecto bando de los que llevaban una vida muelle, frente al grueso de la población que sobrevivía con sueldos que apenas llegaban para cubrir las necesidades más básicas. Esta dualidad de la sociedad, más profunda y obvia que la gama encubierta y matizada de diferencias sociales a las que estamos acostumbrados en Europa, además de una tara moral para nuestra empresa solidaria, suponía un obstáculo para una integración plena en el país, empezando por las relaciones con los propios compañeros de trabajo. Distinta situación era, claro, la de los internacionalistas que trabajaban por cuenta de las propias instituciones nicas,

cobrando por lo tanto los sueldos locales. En este caso se podía hablar con más fundamento de auténtica solidaridad y voluntad de integración.

Representantes internacionales, la peculiar aristocracia cosmopolita del tercer mundo

Junto a la constatación del foso social que establecía la disponibilidad o no de dólares, observada más de cerca, la vida en Nicaragua mostraba otra cara pintoresca, visible solo en ciertos ambientes y eventos en la capital Managua: la de las élites cosmopolitas constituidas por diplomáticos y representantes internacionales, que vivían, en general, en una burbuja aún más exclusiva, en un escalón superior de privilegios, ajenos en buena medida a la vida del común de los mortales. Aunque, como luego he podido comprobar, esta situación de auto-aislamiento en enclaves de lujo es algo bastante común al mundo diplomático y asimilado (los miembros de las agencias de naciones unidas y otros organismos internacionales) en los países del tercer mundo, en el caso de la Nicaragua sandinista se daba la peculiar circunstancia de que la oligarquía local, que normalmente es el entorno natural de esta casta privilegiada de expatriados, se hallaba en desbandada, buena parte de ella exiliada voluntaria, fuera simplemente para preservar sus intereses, o, también, para unirse activamente a los focos de apoyo a la contrarrevolución, desde Miami, Honduras o Costa Rica. Esas circunstancias hacían que la élite de importación estuviera más sola y destacara más en el paisaje. La diáspora de altos vuelos de nicaragüenses pudientes dejaba tras de sí, por lo demás, un reguero de propiedades para liquidar que, como en un gran rastrillo, se repartían a buen precio los mismos representantes internacionales.

La guerra de baja intensidad, un lento pero implacable cáncer social y político

La guerra de desgaste orquestada y financiada por EEUU era como un creciente tumor que devoraba lentamente las entrañas de esta revolución, perfectamente



En la Nicaragua de los 80:
de cooperantes
indocumentados
a internacionalistas

apreciable en aquellos años de la segunda mitad de los 80, a través del lento agotamiento de la confianza y energía revolucionaria de la sociedad. Inversamente, la derecha interna iba acrecentando su poder, haciendo de la movilización forzada de los jóvenes (el Servicio Militar Patriótico) su caballo de batalla para restar apoyos populares a la revolución, una derecha que, por cierto, si estaba bastante escasa de dirigentes políticos respetables, a cambio era aglutinada por un indiscutible líder ideológico con aura religiosa como el cardenal Obando, el mismo que ahora es adulado por Daniel Ortega, y al que este recurrió para casarse por la iglesia en el año 2005. Si bien en las principales ciudades no se producían ataques armados directos, el esfuerzo bélico y la destrucción de recursos humanos y materiales que causaba la Contra se dejaba sentir tanto en la endeble economía del país, como sobre todo en el grado de respaldo popular al gobierno sandinista.

En ese contexto de creciente desmoralización resultaba un elemento especialmente sensible la marcha de los jóvenes al frente por periodos de muchos meses, situación dolorosa para las familias que la derecha aprovechaba oportunamente. Así, la mayoría de analistas coinciden en que la, a primera vista sorprendente, victoria electoral, pocos años después, en las elecciones de febrero 1990, de la alianza antisandinista (la UNO) encabezada por Violeta Chamorro, se explica de forma principal por el efecto de la movilización forzada de los jóvenes en el SMP, además de por la desmoralización por las continuas penurias, y la ilusión de que un gobierno amigo de los EEUU ayudaría a vivir mejor.

Por otra parte, la situación de excepcionalidad y militarización tenía otros efectos indirectos perniciosos, pues justificaba el relegar la atención a las necesidades sociales y a la calidad democrática del ejercicio del poder.

El conflicto bélico, bajo la coartada de la disciplina y del cerrar filas contra la agresión, favorecía la jerarquización, la arbitrariedad y la impunidad en la gestión pública. También esta guerra, aunque de baja intensidad, tuvo a la verdad como su primera víctima.

Epílogo con gusto amargo

Creo que, de alguna manera, la experiencia de aquellos años ha conformado el carácter, la personalidad de nuestra cooperación, dejándole para bien o para mal una seña de identidad congénita. Cuando se recuerdan esos años nos asombra la ingenuidad y falta de método, y también la soltura, con que nos movíamos, pero, pensándolo bien, tal vez nos preguntemos también si la cooperación que ahora se hace, con todo el bagaje adquirido de conocimientos, teorías, metodologías, etc., es, a la postre, mejor que la que inventamos allí sobre la marcha. Para acabar, no puedo evitar expresar la sensación de amargura y frustración, y en ocasiones vergüenza ajena, que la actual situación política en Nicaragua nos produce a todos, y especialmente a los que vivimos de cerca los primeros años esperanzadores de la revolución. La degeneración ideológica y política que vienen protagonizando los restos más deshonestos de la vieja cúpula sandinista encabezada por Ortega, en su afán de aferrarse al poder como sea, con sus componendas y mutua protección de corruptelas con el saqueador Alemán; con su viraje reaccionario en relación a los derechos de las mujeres o a la iglesia; su autoritarismo y el acoso a las corrientes críticas, todo ello bajo la bandera rojinegra sandinista, resultan un trago difícil de digerir. La Unión Europea ha tenido que dirigirse al gobierno nicaragüense para expresar su preocupación por el acoso de éste hacia las ONGs:

Por ello, la Unión Europea expresa su preocupación por el acoso del que están siendo objeto varias ONGs, y, a través de ellas, ciertas personalidades de la sociedad civil. Las acusaciones realizadas desde los medios de comunicación no pueden sustituir a un proceso legal ante los tribunales. La Unión Europea se pregunta sobre los objetivos reales de estas maniobras de intimidación sobre ONGs y personalidades de la sociedad civil. (22 de octubre 2007)

A la vista de esta caricatura patética del sandinismo, que solo puede medrar gracias a la débil formación política de la mayoría de la población nica, nos entra la duda si lo que vivimos en los años 80 fue real o solo un espejismo.